EL TRABAJO

Valdepeñas 15 de Noviembre de 1905

La verdad en su lugar

Como en todos los casos de la vida, la verdad debe ser la reina y señora á quien todos rindamos homenaje, preciso me es, para deshacer torpes hablillas, que dicho sea de paso, no me molestan porque las conceptúo hijas de la pasión bastarda que anima á muchos, el dar algunas explicaciones sobre lo que es objeto del mayor desconcierto en la administración municipal de nuestro pueblo.

Aunque ya lo tengo declarado en mi Suplemento número 15, y conmigo lo reconoce en nuestro colega *La Chispa*, Angel Grande, he de repetir que lo que aquí pasa es antilegal, contrario á los más elementales principios de la lógica y de la razón natural.

Siempre fui amante de la verdad y de la justicia, á lo que nunca faltaré y por consecuencia declaro:

Que cuantas cosas vienen ocurriendo en el seno de nuestro Ayuntamiento, son debidas principalmente á los odios y rencores personalísimos que llevados á las altas esferas, en ellas se les dá vida por los encumbrados que se hallan en igualdad de condiciones.

Si los actos que se han venido sucediendo, lo hubiera presidido, como debía, la justicia y el amor á la verdad, nunca se hubieran llevado á cabo; pero como hoy desaparece ó se apabulla la verdad en todos los centros de estos perniciosos políticos, así nos encontramos de bien y prósperos, pues con sólo ver que nuestro dinero es despreciado en todas partes, ¡hasta en Portugal! queda demostrada la confianza que á todos merece la administración y los políticos que padecemos.

Concretándonos á lo que tenemos más cerca, ó sea á nuestros políticos locales, es preciso confesar que desde hace tres ó cuatro meses, estamos viviendo en un estado anárquico, pues el

Municipio vive ilegalmente constituido y no tengo inconveniente en declarar que todo es obra del partido liberal, que no obstante sus declaraciones de sinceridad, han hecho y permitido hacer los mayores atropellos, de los que fueron siempre patronizadores Gobernadores provinciales y hasta el Ministro de la Gobernación.

Esto es cuanto tengo dicho; esto digo y diré siempre.

Lo que parece mentira es que los pueblos se dejen zamarrear por caciques inservibles, atentos sólo á cuanto les pueda producir dinero y ocasión de vengar sus odios y rencores.

BLAS S. BALLESTEROS.

Basta de Atropellos

En los tiempos que corremos todo es un *sport*, y se puede afirmar que hasta la fecha ha batido el record el Alcalde interino que por ausencia del propietario, también interino, desempeñó la Alcaldía en los primeros días del corriente mes, ó sea el Sr. Nieva.

El día 2 del corriente, y como día marcado para tomar posesión de sus cargos los Concejales ilegalmente suspensos, según ordena la Ley electoral en su artículo 36, dicho Sr. Alcalde (interino ¿he?) Sr. Nieva, negóse rotundamente á hacer cesión y reponer en sus puestos á dichos Concejales, faltando con ello á la Ley. Pero lo que él diría: ¿No ha sido preciso que el Gobernador envíe dos veces un delegado suyo para que los otros nos entreguen las varitas mágicas que tanto deseamos? Pues hagámonos fuertes ahora, porque sardina que se lleva el gato...

Y no fué eso, con ser mucho, lo más gordo del celebrado *sport-man* político, Sr. Nieva.

En dicho día, y temiendo sin duda algún asalto (ya sabría él lo que iba ha hacer) reconcentró en la Casa Ayuntamiento á toda la fuerza armada de que dispone y el que tuvo necesidad de ir á ella

para algún asunto oficial se vó privado de la entrada.

Y esto no es rumor, sino que á mí se me devolvió desde la puerta por unos Agentes que con imperativo mandato prohibiéronme la entrada.

Siempre hubo exclusivismos y en aquél día, también los hubo, y conste que me regocijó un tanto ver que se les había permitido la entrada á varios redactores de *La Chispa*. Por eso ellos no se han ocupado del asunto. Como dice el adagio: el que come no se acuerda del que pasa hambre.

Pero yo pregunto: ¿No constituye un atropello al derecho el prohibir la entrada en un Ayuntamiento en las horas de despacho?

Si eso debe quedar á virtud de los Alcaldes habremos dado un paso hacia el feudalismo.

Mas yo desapruero dicha conducta y uno mi protesta á muchos vecinos que así me lo encargan y lo pongo desde luego en conocimiento de quien corresponda.

BLAS S. BALLESTEROS.

¡POBRE NIÑA!

HISTÓRICO

I

Pálido el rostro y lángidos, tristes sus negros ojos, fijos siempre en lo alto como si en éxtasis de oración mirasen al cielo, la encontraba todas las tardes en uno de los balcones de su domicilio.

Al declinar el día, cuando esa música que ferman los trinos melodiosos y dulces de las aves déjase escuchar; cuando la dulce melancolía del crepúsculo apaga los ruidos del mundo; cuando, en suma, la noche extiende su negro manto envolviendo en oscuras tinieblas á la tierra, en esa hora poética y misteriosa del anochecer, la niña, de quien voy ha hablaros, admiraba desde su balcón todos los días á la misma hora—la del toque de oración—

los encantos misteriosos de la Naturaleza.

Siempre que al regreso de clase la veía apoyados sus brazos en el balcón, la mirada triste, pensativa, sólo, me parecía uno de esos ángeles que miran desde lo alto las cosas que pasan en la tierra.

¿Qué causaría su tristeza? ¿Estaría, tan niña aún, desengañada de la vida? Pero, tan joven era imposible que su corazón pudiera enseñarle lo que el mundo en sí encierra... era muy niña para pensar en cosas serias.

La inocencia se dibujaba en su rostro, el candor asomaba á sus lindos ojos.

Su imagen inspiraba cariño, su semblante triste melancolía.

II.

Pasaron algunos meses y el curso tocó á su término; abandoné la capital de mis estudios, la imperial Toledo, y marché á mi ciudad natal á pasar este período é intervalo de tiempo al lado de mis padres.

Al regresar á casa todos los días después del paseo de costumbre, me acordaba siempre de aquella niña que veía pocos meses antes al salir de la Universidad: no acertaba ni podía comprender el «por qué» de su tristeza, el «quid» de su constante estado en casa, y sobre todo la costumbre de ponerse en el balcón todas las anocheceres y siempre con sus mirada triste, pensativa, siempre igual.

Yo veía salir á sus vecinitas, niñas de su edad y ella siempre sola. ¿Qué le pasaría? ¡Pobre niña, cuánto debía pensar! ¡Qué interioridades guardaría su corazón juvenil! ¡Obscuro misterio! No podía menos de admirarme la soledad de la niña, porque la niñez como las flores necesitan aire, alegría, sol, mucho sol.

III.

Pasadas las vacaciones y una vez en la capital para proseguir mis estudios supe que la niña de mi narración había muerto; ¡Había bajado al sepulcro aquella